

Relectura de Eugenio Espejo

Por Lupe RUMAZO*

EUGENIO ESPEJO, en su *Marco Porcio Catón* (1780), sostiene que el Quijote es el testamento de España, definición de quien conoce la entraña misma de esa nación. Es decir, lección magistral y permanente, para perdurar. Yo afirmo que la obra de Espejo es el testamento de Ecuador. Pueden acompañarlo otros más que han partido: José Joaquín de Olmedo, por su exhortación a la grandeza; Federico González Suárez, Juan Montalvo, Benjamín Carrión, Alfonso Rumazo González, Alfredo Pareja Diezcanseco, Alfredo Pérez Guerrero. Con Miguel de Cervantes Saavedra también podrían ir en escudería inmortal Miguel de Unamuno, Américo Castro, José Ortega y Gasset, Juan David García Bacca. Nombro solamente a algunos, podría hacerlo con más. En este caso interesa, tanto como el nombre, la profundidad de la aserción.

Había que conocer muy a fondo el imperio del cual se era súbdito —no se olvide que *El nuevo Luciano* (1779) está dedicado a José Diguja, autoridad de la Real Audiencia, y habla elogiosamente de los Borbones— y en ese indagar, palpar y analizar la acción de España en América encontrar, por sufrirla vívidamente, la minusvalía otorgada al mestizo; la fanfarronería de cierta retórica; el poco trasiego de la cultura por encajonada más que nada en lo hispánico; los discutibles valores entonces de la varia materia, sea la poesía, sea la filosofía, sea la teología, sea la oratoria, sea la educación, todo con una documentadísima investigación. Y ya en esas conversaciones entre el jesuita Luis Mera y el médico Miguel Murillo, los dos doctores, no siempre docto uno de ellos, participantes de un renaciente diálogo platónico —sobre todo “Protágoras”, “Gorgias” y “Fedro”—, también lectura de Espejo y en medio del esperpento, pero fundamentalmente de la sátira menipea que resurge, pariente a su vez del primero, anotar que la suerte de la “pobre ciudad de Quito es infelicísima” por “no mejorar de condición, en la formación de tus niños, en la regularidad de tus jóvenes, en la sencillez de tus políticos, en la ciencia de tus doctores y en la ilustración divina y humana de todos tus miembros juntos”. Y que si situados ellos en otra actitud —la que busca superación— se obtendría siempre dentro

* Escritora ecuatoriana, representante en Venezuela de la Sorbonne para la Literatura Comparada y miembro de la Sociedad Europea de Cultura; e-mail: <salzamora@movistar.net.ve>.

de la categoría de lo bueno, el artífice, el ciudadano, el padre, el maestro, el magistrado, el hombre de letras, el hombre de bien, el hombre cristiano y “el hombre capaz de constituir útilmente el vínculo y el todo de la sociedad humana”. Aspiración de entonces y de los tiempos que siguen.

Ese buscar que el ser se convierta tanto en vínculo como en todo, expresión es de respeto civilizador a la identidad de cada quien, inigualado respeto no siempre valorado. Y a la vez atestiguación de la convicción en el escritor de que la varia voz exige ser escuchada, discutida, contradicha si es necesario, pero siempre comprendida en su condición de sujeto pleno con una peculiar visión del mundo. O sea que la monologización de este discurso en cada uno de sus actantes por no detenida avanza hacia la dialogización; lo monocorde hacia la polifonía; y el discurso mismo, ya en su estructura, hacia la construcción musical de la fuga y dentro de la historia de las ideas hacia la libertad. Espejo, como autor, no está lejos, así no se lo vea siempre presente, de este contrapunto de voces por él creado; a Platón tampoco se lo encuentra sino en dos ocasiones en sus *Diálogos*; tampoco lo estuvo Dostoievski y así lo desmenuza Bajtín en su ensayo *Problemas de la poética de Dostoievski* que indirectamente relaciono punto por punto con Espejo y como es lógico *a posteriori*. Bajtín habla de parecida polifonía en Shakespeare y naturalmente en Cervantes.

Es indudable que en Espejo hay una suerte de novela de materia heterogénea, de comprensión genérica polifónica —hay la confesión, el sermón, el diálogo socrático que se emparenta luego con la sátira menipea— así no se lo haya visto como tal. Unificar esa materia fue para él difícil y es lo que hace en el vario libro sucesivo: *El nuevo Luciano*, *Marco Porcio Catón* y *La ciencia blancardina* (1780), individualmente dialécticos y ya en un todo, relacionados entre sí, interactuantes, explicitadores de la tesis, la antítesis, la síntesis. Toda esta disposición se corresponde naturalmente con el concepto de una gran idea dialógica, intensamente vital, constituida por voces varias, cada una con su presupuesto ideológico, nacies y crecientes cuando repercuten en otras. Más aún, y justamente por esa gran idea dialógica que distingue sus escritos y que es en el fondo la de una población activa, como de comarca pero de comarca grande, americana, Espejo escucha su época y prefigura la que vendrá. Habla de la Colonia pero también de la próxima insurgencia; conoce en profundidad el escolasticismo, pero también la Ilustración; pregona un nuevo ser, pero desmenuza el que encuentra. Será una víctima por ser un prefigurador, un revolucionario.

Situarse en un costado y en otro es lo que hace Espejo pues no desdeña ninguna de las posiciones. Al contradecir un libro a otro no es que deponga su íntimo criterio. Él tiene el suyo, claro está, y por él morirá. Pero lo compagina con una percepción carnavalesca del mundo y de la escritura. De allí el resurgimiento de la sátira menipea ya señalado y por él mismo percibido. Por otra parte la novela, estudia Julia Kristeva, “al aceptar las permutaciones significantes del carnaval, las encadena en la linealidad de la sintaxis narrativa y las somete por ello a un fin”. ¿Por qué acudir a lo cómico-serio?, cabría preguntar. No sería ecuatoriano, es decir escritor ecuatoriano, de no hacerlo. Saber reír, ironizar inteligentemente, propio es de nuestra literatura y también marca de profundidad, de dominio conceptual. ¿Acaso no señala Espejo que “la mofa y la risa sean muy propias para hacer que los hombres abran los ojos, y vuelvan de sus desaciertos; y entonces es un acto de justicia, porque, como dice Jeremías, las acciones de los que yerran son dignas de risa por vanidad”? Y, ¿acaso no titula con plena conciencia a uno de sus libros *El nuevo Luciano*? Bajtín señala:

Las sátiras de Luciano en su conjunto representan toda una enciclopedia de su tiempo: están llenas de polemismo abierto y oculto con diversas escuelas filosóficas, religiosas, ideológicas, científicas, con tendencias y corrientes de actualidad, están llenas de imágenes de personalidades contemporáneas o recién desaparecidas, de líderes en todas las esferas de la vida social e ideológica (que aparecen bajo sus nombres o bajo un nombre codificado), están repletas de alusiones a sucesos grandes y pequeños de su época, perciben nuevos caminos en el desarrollo de la vida cotidiana, muestran los nacientes tipos sociales en todas las capas de la sociedad etc.

Al hablar de Luciano abre el gran abanico futuro, el de Espejo y el de otros. Por lo que hay menipea en Cervantes, en Voltaire, todos del conocimiento de Espejo.

No vale olvidar que en la concepción carnavalesca del mundo se torna evidente un simbolismo de coronación y otro de destronamiento. A la inversa, Espejo destrona un mundo y crea uno distinto. El propio uso de la retórica habla ya de un metalenguaje en el que se impone un discurso sobre otro. Pero, ¿qué es la retórica en Espejo con conocer éste su trayectoria ampliamente? Son las “razones de las palabras” de que habla Sócrates en su “Gorgias”, pero de las buenas-y-bellas, verdaderas y justas, frente a las otras de la “adulancia” —así las nombra— que camuflan valores y que con pericia persuaden. Es ese contrapunto entre la justicia y la no justicia, lo verdadero y lo falso, lo que Espejo transmite:

Mas digan lo que quisieren repito y repetiré que es preciso hablar la verdad. Mi favorito Cassini, eminentísimo por su doctrina, por su sólida piedad y por el esplendor de la púrpura cardenalicia, y de quien saqué las piadosas reflexiones de mi desgraciado sermón, es quien nuevamente me dice con su ejemplo que no lisonjee, sino que haga tronar la verdad; pues ésta para muchos hace las veces de rayo que consume.

Ya se sabe que a pesar de esa advertencia hablar verdad es para nada o para muy poco; se es más bien sacrificado como lo fue Sócrates al final. O tal vez sirva para mucho, inmensamente mucho. Espejo así es un convencido de que socráticamente lo deletéreo ha de ser desterrado, de que hay mayor mal en quien lo ejerce que en quien lo padece y de que la justicia en término último debería dominar. Frente a las dos vías de la retórica platónica a las que describe y ejercita se queda con la primera. Y es por esto, entre otras razones, que Espejo sigue contestando lista de presencia. Sócrates lleva la vigencia de la retórica buena hasta el Hades. Montalvo hará lo mismo, una tras otra, en sus *Catilinarias*; González Suárez con sus tomos de la *Historia del Ecuador*; Benjamín Carrión también con sus *Cartas al Ecuador*; Alfonso Rumazo González, con sus sucesivas biografías hasta la libertad. La otra retórica, la estrictamente formal, relativamente última, hallará sin embargo su lecho y justificación en Roland Barthes. La Historia pareciera darle razón y así lo señala, pues “ha visto nacer, pasar, desaparecer, sin conmoverse ni alterarse: la democracia ateniense, las dinastías egipcias, la república romana, el imperio romano, las grandes invasiones, el feudalismo, el Renacimiento; le llevó tres siglos morir y aún no es seguro que esté muerta”. Esta retórica, en todo caso, ha permitido el reconocimiento del lenguaje, la ideología de la forma. Y con Aristóteles que unió retórica y poética nació la literatura.

Y es de letras que estamos hablando ahora. O mejor aún de escritura, la de grado cero, pues hay un peso de historia detrás. Cuando Espejo cuenta en *El nuevo Luciano* la anécdota del poeta Filoxenes que descalifica una y otra vez las composiciones poéticas de Dionisio, muy a pesar de que tal rechazo le significará ir a las Canteras, no sólo halla en ello derrotero y rumbo sino que con toda dignidad expresa: “Pues que toquen a degüello”. Y es que ya ha nacido el patriota eminente, el hombre heroico.

El “toque a degüello” es algo que se aplica a sí mismo con el *Marco Porcio Catón*, réplica satírica a *El nuevo Luciano* dentro de la retórica situada en el elogio y en el adulo, pero para decapitar. Aparentemente en él se defiende a canónigos, juristas, jesuitas y otras órde-

nes, la teología escolástica, el “buen espíritu” —cierto “buen espíritu”—, pero en el fondo se quiere destruir la insurgencia, el alma de Espejo, “todo incendio, toda audacia”. Y es que el Salomón americano es demasiado para ese momento y para otros momentos y él lo sabe. El Salomón que anticipa la denuncia de la relajación moral de las órdenes, algo que retoma González Suárez, es un Salomón que ya palpa la libertad, así viva en un “Quito discretísimo”.

Nada es discreto en un escritor con tal tipo de escritura. Y ése es justamente su valor. El escritor como Espejo que aún critica la crítica, o por lo menos la que entonces fungía como tal y que irrogó el derecho de acabar con su Luciano; el ironista pensador que se detiene en la “ciencia blacardina”, así la haya él mismo descubierto en su personaje Blacardo, también para denostarla; el escritor que más allá de todo crea su propia poética literaria —verdad, justicia, sublimidad, profundidad, sencillez y otros valores a los que nombra como “buen gusto”— es de por sí rebelde y ya apela a un compromiso. La ciencia blacardina —vale ampliarla— es aplicable a todo: a la propia crítica como ya se ha señalado, a la oratoria, a la literatura, a la educación, a la retórica, a la medicina, lo cual la convierte en punta de lanza de algo mayor. Ese algo mayor es la necesidad de reformarla. Y si para aceptarla o discutirla se la ha encubierto con la admiración de lo foráneo —bien a España y sus escritos, bien a algunos escritores franceses como Voltaire— es porque siempre es necesario apelar a la erudición. La ciencia blacardina como tal, versada o no, vuelve a reiterar el concepto de la retórica que busca agradar. La otra, la que debería ser y no es, se asienta en valores todavía utópicos, aunque imperativos, necesarios. Es por esto que Espejo habla de la Utopía de Moro y apela a la unidad armónica del ser. Es lo que espera se obtenga al menos en Ecuador ya que como educador sabe que impugnar es señalar yerros y faltas con buenas pruebas y autoridad: “La razón destituida de instrucción, mal educada y llena de prejuicios, para nada es buena; apenas discurre o produce algún concepto, manifiesta mayor ignorancia, cuanto es mayor su viveza y la satisfacción que la posee”.

He reiterado que con esta estructura en milhojas de los tres tomos juntos —*El nuevo Luciano*, *Marco Porcio Catón* y *La ciencia blacardina*— se evidencia un escritor con escritura de grado cero: la de quien se compromete, conoce “la moral de la forma”, entrega tanto la ruptura como el advenimiento y está inmerso en la Historia con el doble impulso que ésta trae. Detenerse en el estilo de Espejo en forma decimonónica —lo hace Philip L. Astuto, prologuista de su *Obra educativa*— es no entenderlo. La escritura, una función, sobrepasa y

distiende la noción “estilo”. Tampoco se lo entiende completamente y simplemente se lo clasifica, así sea muy acertadamente, cuando se lo llama escritor de la Ilustración. Es indudable que como anota Carlos Paladines, “Eugenio Espejo entregó un programa integral de cultura ilustrada, participó en la conformación de una Sociedad Patriótica y en la fundación del primer periódico de la Audiencia, *Primicias de la cultura de Quito*, obras que constituyeron el germen de una cruzada de transformación de la Audiencia”. Y que será esa crítica ilustrada la que dé origen a un nuevo tipo de escritor, el humanista, “sujeto histórico y concreto”, de una nación “adulta en literatura”. Y que con sus escritos habló de “una nueva lógica, una nueva física, derecho, política, metafísica”, con lo cual pretendió una radical transformación. Todo esto, analizado en el tomo de Carlos Paladines, *Sentido y trayectoria del pensamiento ecuatoriano*, es acertado y valioso así se trate del ejercicio de una crítica dogmática —la que convierte al escritor “en la ilustración (o la contra-ilustración) de un dogma inquebrantable”. Dogma o decreto que se desorbita con un *sui generis* criterio de “quiteñidad” aplicable a estos hombres de la Ilustración. Y que prescinde de una crítica dialógica ya que no se dialoga realmente con Espejo, sino simplemente se lo dogmatiza. La aspiración de Todorov en su *Crítica de la crítica* es que existan siempre dos voces, la del autor y la del crítico, y que las dos hablen.

Más aún, no se detiene Paladines en la apreciación barthiana ya señalada, y en otras, como los sucesivos metalenguajes manejados por Espejo: los que hacen acto de presencia —la sucesiva cadena de sus libros— y los ausentes, como fue el uso de un autor anónimo, narrador omnisciente en *El nuevo Luciano*, o el trueque de personajes coloniales en los suyos literarios, ya no actores sino actantes, plenamente vitales, por lo que se forja indudablemente un texto de gran productividad afin con la novela. La novela, definida por Lukács como un ilimitado discontinuo, es para Julia Kristeva un proceso de mutación, una estructura de transformación. ¿Qué menos puede decirse de la trilogía novelesca de Espejo? Ilimitada, discontinua, siempre transformándose.

Para todas estas anotaciones me he acogido a la definición antropológica de la cultura, fundamentalmente calificada por Lévi-Strauss como “acontecial”. Es decir, como un proceso de acontecimientos en el cual se distinguen la historia acumulativa y la estacionaria. Las dos sometidas al factor relación, puesto que se convierten en funciones. La primera es la que se va adensando con otras realidades afines; la segunda, estatizada, permanece aunque sea ajena. Esta doble vertiente es la que he encontrado en la obra de Espejo desde una mirada actual.

Allí está él situado en una “alta edad”, que es en mucho extraña para nuestra cultura. La conocemos, estudiamos, analizamos con fervor, pero nos parece anacrónica. No es así. La historia acumulativa en conexión con historias afines o contrarias, diálogo o crónica que camina a través de las edades, se hace presente. Y es así como la obra de Espejo es capaz de asimilar o de superar las nuevas evoluciones de la cultura y de convertirse por ello en un testamento que resuena. Se lo oye siempre y se lo sigue considerando, sin que pierda por ello la condición que aporta su época a la que, ya sabemos, supera. Es por esto que es un diálogo o crónica que camina a través de las edades.

BIBLIOGRAFÍA

- Bajtín, Mijaíl M., *Problemas de la poética de Dostoievski*, Tatiana Bubnova, trad., México, FCE, 1986 (Col. *Breviarios*, núm. 417).
- Barthes, Roland, *El grado cero de la escritura: seguido de nuevos ensayos críticos*, Buenos Aires, Imprenta de Buenos Aires, 1973.
- , *Investigaciones retóricas 1. La antigua retórica: ayudamemoria*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.
- Kristeva, Julia, *El texto de la novela*, Barcelona, Lumen, 1981.
- Paladines, Carlos, *Sentido y trayectoria del pensamiento ecuatoriano*, México, UNAM, 1991.
- Platón, *Obras completas*, Juan David García Bacca, trad., Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1980, varios tomos.
- Santa Cruz y Espejo, Eugenio de, *Obra educativa*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981 (Col. *Clásica*, vol. 89).
- Todorov, Tzvetan, *Crítica de la crítica*, Caracas, Monte Ávila, 1991.

RESUMEN

El presente ensayo aporta una relectura de Eugenio Santa Cruz y Espejo. La autora encuentra que su obra es un testamento para el Ecuador, es decir, una lección magistral para perdurar. Vale seguir la capacidad de cuestionamiento de Espejo de toda suerte de conocimientos como vía indispensable para alcanzar la libertad. Supera la monodía con la polifonía y se queda con una retórica que busca verdad antes que apariencia. Se adscribe visionariamente a una “escritura cero”, la barthiana, que opta por el compromiso. Crea una poética de valores en su trilogía sucesiva de metalenguajes superpuestos, novela en fin, según la nomenclatura actual: *El nuevo Luciano* (1779), *Marco Porcio Catón* (1780) y *La ciencia blancardina* (1780). Se lo podría asociar con la doble vertiente que para la cultura encuentra Claude Lévi-Strauss: la de la historia estacionaria y la acumulativa, ésta en conexión con historias afines y contrarias. Plasma en fin un monumento para la cultura.

Palabras clave: Eugenio Espejo, literatura ecuatoriana, pensamiento ecuatoriano, cultura e historia ecuatorianas.

ABSTRACT

This essay contributes with a new reading of Eugenio Santa Cruz y Espejo. The author finds his oeuvre to be a legacy to Ecuador, in other words, a lasting, masterful lesson. It is worth following Espejo's capacity to question of all sorts of knowledge as an indispensable way to attain freedom. He goes beyond monody through polyphony, and he keeps a rhetoric that seeks truth above appearance. He subscribes, in a visionary way, to Barthesian “zero writing”, opting for compromise. He creates a poetics of values in his successive trilogy of superimposed meta-languages, a novel in the end, according to today's nomenclature: *El nuevo Luciano* (1779), *Marco Porcio Catón* (1780) and *La ciencia blancardina* (1780). He could be associated with the two levels that Claude Lévi-Strauss identifies in culture: stationary and cumulative history, the latter in relationship with similar and opposite histories. In the end he creates a monument to culture.

Key words: Eugenio Espejo, Ecuatorian literature, Ecuatorian thought, Ecuatorian culture and history.